













El menor movimiento para escapar, le causó una  
—Si, repuso Chapparrat.  
En un rincón de la cueva había una larga pátiga,  
que tenía en uno de sus cabos un gran gancho de  
hierro.  
Chapparrat fué á tomarla, la metió en la cisterna, y  
atrayendo la escala, la abrió por uno de sus extremos,  
y la sacó extendiéndola en la cueva.  
—La madera no está podrida, dijo; no hay mucho  
tiempo que está en el agua.  
Luego, examinándola mas de cerca, descubrió una  
marca en uno de los palos laterales; marca que con-  
sistía en una cifra groseramente entallada, obteni-  
da por medio de un hierro candente.  
—Es la marca del carretero, dijo.  
—¿Qué carretero?  
—El que tenía la tienda de la casa vecina, donde se  
abre otro pozo sobre la cisterna. Habrán venido por  
ahí para buscar al niño, y ahora estoy seguro de que  
la madre se ha salvado.  
Marmouset sacó de nuevo su cartera.  
—Si quieres mas dinero, dijo, habla con toda cla-  
ridad.  
Esta oferta triunfó completamente de la emoción  
de Chapparrat, y le hizo recobrar todo su calma.  
Marmouset le observaba en silencio, esperando su  
respuesta.  
LIV  
Chapparrat poseía una de esas naturalezas bestiales,  
compuesto monstruosamente de apellidos feroces y de in-  
stintos sanguinarios, que parecen haber sido creadas  
para el mal.  
Amaba con pasión el dinero, y todos sus apellidos  
físicos eran tan impetuosos, que nada podía contener-  
los, ni aun el miedo del cadáver.  
Pero estos mismos instintos le habían dado cierta  
dosis de inteligencia ó mas bien de sagacidad, que  
no excluía el espíritu de aulista.  
La escala pescada en la cisterna, y en la que se  
veía la cifra del carretero, había sido para él una  
completa revelación.  
Marmouset y Jean el Caricero, al verlo pensativo,  
esperaban pacientemente el fruto de sus reflexiones.  
—Escuchadme con atención, dijo en fin Chapparrat.  
Y al expresarse así, miró á aquellos dos hombres,  
no ya como á enemigos en cuyo poder se hallaba, sino  
como á dos socios que iban á pagarle su dividendo  
social en dinero contante y sonante.  
—Cuando vinimos aquí, dijo Chapparrat, el Inglés,  
la mujer y su hijo, el Inglés que había visitado la cue-  
va el día anterior y dirigido los preparativos, marcha-  
ba delante dando la mano al muchacho, y tomé por  
ahí, á la izquierda, para no poner el pie sobre la  
báscula.  
—¿Crees pues que ha bajado alguno?

—Pero en fin, interrumpió Juan el Caricero, nada  
de eso nos dice....  
—Repóndele hablar, dijo Marmouset.  
Chapparrat continuó:  
—Cuando lo tenía así entre mis manos, el misera-  
ble me insultó llamándome asesino....  
—¿Ahí dijo eso?  
—Al principio creí que hablaba por mi mujer, pues  
dicen en el barrio que yo la he apuñalado. Pero no, de  
quien me hablaba era de la irlandesa; y la prueba es  
que me dijo que yo la había echado en la cisterna.  
—¿Ahí dijo eso?  
—Entonces perdí del todo la chola, le planté la na-  
vaja en el vientre, y me excusé mas que de prisa.  
—¿Y qué hicisteis después?  
—¡Toma! lo que se hace siempre después de un mal  
golpe. Me fui á comer, he! mas que de costumbre,  
me pasé hasta tranquilizarme un poco.... En fin,  
volví por aquí, y al entrar en el pasaje vi luz en mi  
tienda, y creí que la policía se hallaba en mi casa. Me  
entró congojo y tomé de nuevo soledad.  
—¿Y entonces?  
—Entonces hice lo que he hecho siempre en esos  
momentos: corrí de taberna en taberna hasta mas de  
medias noche, tomé allí un trago de vino, allá una  
copa de aguardiente, y cuando se cerraron las taber-  
nas, me fui á ver las muchachas.... ¡Qué quereis!  
tenía dinero y necesidad de distracción. —Esta maña-  
na pensé por un momento en ir á tomar el aire fuera  
de Francia; pero luego me vino á la idea que quizás  
todo ello no era mas que aprehensi6n mia.... y me  
vine por aquí.... y cada me ha dicho una palabra.  
De modo y de manera que cuando he visto esto y  
me he acordado de la luz de la noche anterior, he  
pensado que era el Inglés quien había venido, y se  
había llevado al muchacho, burlándose los mil fran-  
cos. Los Ingleses, ya sabéis, todos son canalla! En un  
santísimo se la juegan á uno, que ni visio ni oído.  
Durante este larguísimo, Juan el Caricero ardió de  
impaciencia, y había intentado interrumpirle muchas  
veces, pero Marmouset le había siempre cerrado la bo-  
ca.  
Chapparrat pudo concluir pues sin meras interrup-  
ciones.  
—Ahora añadid, como me habeis dicho que no pue-  
de haber sido el Inglés, veo que me he engañado, y  
voy á deciros cuál es mi idea.  
—¿Vamos.  
—La cisterna pertenece en común á las dos casas,  
á esta en que nos hallamos, y á otra que dá á la calle  
de los Anardiers.  
—¿Ahí exclamó Marmouset.  
—Cada una tiene su pozo. Este, que ya conocéis, y  
otro en la tienda del carretero.  
—¿Y en fin?

—Se me figura que la mujer, al caer en el agua, ha  
perdido el conocimiento.  
—Es probable.  
—Luego habrá vuelto en sí cuando el Inglés y yo  
nos fuimos, y se habrá puesto á gritar.... Euton-  
ces la han oído sin duda en la tienda del carretero.  
—Pero, ¿no has dicho que esa tienda está desal-  
quilada?  
—Eso no lo hace. Habría alguno en ella en aquel  
momento.  
—¿Y bien?  
—¡Toma! es claro. Habrán sacado á la irlandesa  
por medio de esa escala.  
—Es posible, dijo Marmouset; pero, ¿y el niño?  
—Ya os he dicho que mi vela había desaparecido y  
que la encontré después.  
—Me parece que es el paja larga el que ha pescado  
á la irlandesa.  
—¿Bueno, supongámoslo.  
—Y después habrá venido aquí, atravesando á nado  
la cisterna, sirviéndose de la escala para subir á esta  
cueva.  
—¿Y luego?  
—Cuando volvió, habrá apagado la luz y se habrá  
ocultado entre la leña.  
Como se ve, Chapparrat reconstruía perfectamente  
la verdad con sus presunciones.  
—Continúa, dijo Marmouset.  
—Entonces fui, como ya os he dicho, á buscar los  
fósforos, repuso Chapparrat.  
—Y durante ese tiempo pondría la vela en su lu-  
gar.  
—Eso es; y se habrá ocultado de nuevo. Así, co-  
mo yo lo he estado á dar de comer al chiquillo, po-  
do ver desde yo, ponía la luz de la cueva.  
—Ya empezáis á comprender, dijo Marmouset.  
—Y después se habrá ido por donde había venido:  
pero sin duda alguna, es él quien ha venido á buscar  
al muchacho algunas horas mas tarde.  
—Pero, no decir habiendo matado!  
—Así lo creí al principio, pero si hubiera muerto,  
todo el barrio estaría ya en rumor. Sin duda dirigió mal  
la navaja y lo he herido solamente.  
—¿Ahí.  
Aquí llegaban de su conversacion, cuando se oyó  
gran ruido al otro lado del patio.  
Oímos golpes redoblad0s en la puerta de la tienda,  
y una voz que decía:  
—¡Abid en nombre de la ley!  
Chapparrat lanzó un rugido de terror, y se quedó  
estático, temblando, con los cabellos erizados.  
LV  
¿Quién llamaba en nombre de la ley?

Seguramente no debía ser otro que el comisario de  
policía, y antes de pasar adelante, debemos explicar  
cómo y por quién había sido advertido.  
El lector recordará sin duda que Polito, después de  
haber devuelto al niño Ralph á su madre, se había de-  
jado caer en una silla y perdido el conocimiento.  
Entonces su madre arrojó un grito y se precipitó  
sobre él.  
—¿No lo asegura? ¿Queréis que lo fure por la tje-  
moría de tu pobre padre?  
—No, mamá; me basta que lo asegureis.  
Dicho esto, Polito organizó un verdadero plan de  
campaña.  
Para él era evidente que Chapparrat, creyendo haber-  
lo asesinado, no volvería aquella noche á su casa.  
Y partiendo de esta idea, dijo á su madre y á Paulina:  
—No conviene poner á la policía en movimiento,  
antes de tiempo: mas vale esperar que volver.  
Paulina fué de esta opinión.  
La vía Vincent acompañó á la joven hasta su casa,  
pero antes de separarse conviniéron en que iba al día  
siguiente á su tienda, como de ordinario, y que no di-  
ría una sola palabra de lo sucedido á sus compañeras.  
La madre de Paulina, que como sabemos, era ac-  
comodadora en un teatro, no había vuelto aún á su casa.  
De consiguiente la joven no tuvo necesidad de dar  
ninguna explicación.  
La noche sé pasó así. Al día siguiente, hacia las  
nueve de la mañana, Polito, enteramente restableci-  
do, recibió la visita de Paulina.  
Su maestra la había enviado á llevar un ilo de ropa  
y ella se aprovechó de esa circunstancia para entrar  
de paso en casa de la vía Vincent.  
Paulina venia á decir á Polito que Chapparrat había  
vuelto.  
—Está bien, respondió el joven, esta noche le echa-  
rán la garra.  
En efecto, hacia las seis de la tarde, antes de que  
el carbonero saliese para ir á comer á su taberna, Po-  
lito se dirigió á la oficina de su antiguo jefe, el comi-  
sario de Belleville, que después de algun tiempo había  
sido trasladado á París, y desempeñaba la comisaria  
del barrio de Montmartre.  
El comisario había despedido á Polito á causa de su  
poca, pero al mismo tiempo había tenido muchas  
veces ocasion de apreciar su inteligencia y su pacien-  
cia.  
Por otra parte, el joven venia á hacer una deposi-  
cion tan clara y tan precisa, que el comisario no dudó  
un momento de la escrupulosa exactitud de sus infor-  
mes.  
En su consecuencia dió las órdenes que requería  
aquel asunto.  
Paulina se quedó en el seno de la portería,  
y no acordó á expresarse sino con sus lágrimas todo el  
placer que embargaba su alma.

Calmada esta primera emoción, Polito se volvió á  
su madre y le dijo:  
—Ahora, mamá, se trata de ser formales.—y nada  
de tonterías, eh?—lo que os digo es mas grave de  
lo que creéis.  
—Te prometo que sujetaré mi lengua, respondió la  
portería.  
—¿De veras?  
—Te lo aseguro. ¿Queréis que lo fure por la tje-  
moría de tu pobre padre?  
—No, mamá; me basta que lo asegureis.  
Dicho esto, Polito organizó un verdadero plan de  
campaña.  
Para él era evidente que Chapparrat, creyendo haber-  
lo asesinado, no volvería aquella noche á su casa.  
Y partiendo de esta idea, dijo á su madre y á Paulina:  
—No conviene poner á la policía en movimiento,  
antes de tiempo: mas vale esperar que volver.  
Paulina fué de esta opinión.  
La vía Vincent acompañó á la joven hasta su casa,  
pero antes de separarse conviniéron en que iba al día  
siguiente á su tienda, como de ordinario, y que no di-  
ría una sola palabra de lo sucedido á sus compañeras.  
La madre de Paulina, que como sabemos, era ac-  
comodadora en un teatro, no había vuelto aún á su casa.  
De consiguiente la joven no tuvo necesidad de dar  
ninguna explicación.  
La noche sé pasó así. Al día siguiente, hacia las  
nueve de la mañana, Polito, enteramente restableci-  
do, recibió la visita de Paulina.  
Su maestra la había enviado á llevar un ilo de ropa  
y ella se aprovechó de esa circunstancia para entrar  
de paso en casa de la vía Vincent.  
Paulina venia á decir á Polito que Chapparrat había  
vuelto.  
—Está bien, respondió el joven, esta noche le echa-  
rán la garra.  
En efecto, hacia las seis de la tarde, antes de que  
el carbonero saliese para ir á comer á su taberna, Po-  
lito se dirigió á la oficina de su antiguo jefe, el comi-  
sario de Belleville, que después de algun tiempo había  
sido trasladado á París, y desempeñaba la comisaria  
del barrio de Montmartre.  
El comisario había despedido á Polito á causa de su  
poca, pero al mismo tiempo había tenido muchas  
veces ocasion de apreciar su inteligencia y su pacien-  
cia.  
Por otra parte, el joven venia á hacer una deposi-  
cion tan clara y tan precisa, que el comisario no dudó  
un momento de la escrupulosa exactitud de sus infor-  
mes.  
En su consecuencia dió las órdenes que requería  
aquel asunto.  
Paulina se quedó en el seno de la portería,  
y no acordó á expresarse sino con sus lágrimas todo el  
placer que embargaba su alma.

Calmada esta primera emoción, Polito se volvió á  
su madre y le dijo:  
—Ahora, mamá, se trata de ser formales.—y nada  
de tonterías, eh?—lo que os digo es mas grave de  
lo que creéis.  
—Te prometo que sujetaré mi lengua, respondió la  
portería.  
—¿De veras?  
—Te lo aseguro. ¿Queréis que lo fure por la tje-  
moría de tu pobre padre?  
—No, mamá; me basta que lo asegureis.  
Dicho esto, Polito organizó un verdadero plan de  
campaña.  
Para él era evidente que Chapparrat, creyendo haber-  
lo asesinado, no volvería aquella noche á su casa.  
Y partiendo de esta idea, dijo á su madre y á Paulina:  
—No conviene poner á la policía en movimiento,  
antes de tiempo: mas vale esperar que volver.  
Paulina fué de esta opinión.  
La vía Vincent acompañó á la joven hasta su casa,  
pero antes de separarse conviniéron en que iba al día  
siguiente á su tienda, como de ordinario, y que no di-  
ría una sola palabra de lo sucedido á sus compañeras.  
La madre de Paulina, que como sabemos, era ac-  
comodadora en un teatro, no había vuelto aún á su casa.  
De consiguiente la joven no tuvo necesidad de dar  
ninguna explicación.  
La noche sé pasó así. Al día siguiente, hacia las  
nueve de la mañana, Polito, enteramente restableci-  
do, recibió la visita de Paulina.  
Su maestra la había enviado á llevar un ilo de ropa  
y ella se aprovechó de esa circunstancia para entrar  
de paso en casa de la vía Vincent.  
Paulina venia á decir á Polito que Chapparrat había  
vuelto.  
—Está bien, respondió el joven, esta noche le echa-  
rán la garra.  
En efecto, hacia las seis de la tarde, antes de que  
el carbonero saliese para ir á comer á su taberna, Po-  
lito se dirigió á la oficina de su antiguo jefe, el comi-  
sario de Belleville, que después de algun tiempo había  
sido trasladado á París, y desempeñaba la comisaria  
del barrio de Montmartre.  
El comisario había despedido á Polito á causa de su  
poca, pero al mismo tiempo había tenido muchas  
veces ocasion de apreciar su inteligencia y su pacien-  
cia.  
Por otra parte, el joven venia á hacer una deposi-  
cion tan clara y tan precisa, que el comisario no dudó  
un momento de la escrupulosa exactitud de sus infor-  
mes.  
En su consecuencia dió las órdenes que requería  
aquel asunto.  
Paulina se quedó en el seno de la portería,  
y no acordó á expresarse sino con sus lágrimas todo el  
placer que embargaba su alma.

Calmada esta primera emoción, Polito se volvió á  
su madre y le dijo:  
—Ahora, mamá, se trata de ser formales.—y nada  
de tonterías, eh?—lo que os digo es mas grave de  
lo que creéis.  
—Te prometo que sujetaré mi lengua, respondió la  
portería.  
—¿De veras?  
—Te lo aseguro. ¿Queréis que lo fure por la tje-  
moría de tu pobre padre?  
—No, mamá; me basta que lo asegureis.  
Dicho esto, Polito organizó un verdadero plan de  
campaña.  
Para él era evidente que Chapparrat, creyendo haber-  
lo asesinado, no volvería aquella noche á su casa.  
Y partiendo de esta idea, dijo á su madre y á Paulina:  
—No conviene poner á la policía en movimiento,  
antes de tiempo: mas vale esperar que volver.  
Paulina fué de esta opinión.  
La vía Vincent acompañó á la joven hasta su casa,  
pero antes de separarse conviniéron en que iba al día  
siguiente á su tienda, como de ordinario, y que no di-  
ría una sola palabra de lo sucedido á sus compañeras.  
La madre de Paulina, que como sabemos, era ac-  
comodadora en un teatro, no había vuelto aún á su casa.  
De consiguiente la joven no tuvo necesidad de dar  
ninguna explicación.  
La noche sé pasó así. Al día siguiente, hacia las  
nueve de la mañana, Polito, enteramente restableci-  
do, recibió la visita de Paulina.  
Su maestra la había enviado á llevar un ilo de ropa  
y ella se aprovechó de esa circunstancia para entrar  
de paso en casa de la vía Vincent.  
Paulina venia á decir á Polito que Chapparrat había  
vuelto.  
—Está bien, respondió el joven, esta noche le echa-  
rán la garra.  
En efecto, hacia las seis de la tarde, antes de que  
el carbonero saliese para ir á comer á su taberna, Po-  
lito se dirigió á la oficina de su antiguo jefe, el comi-  
sario de Belleville, que después de algun tiempo había  
sido trasladado á París, y desempeñaba la comisaria  
del barrio de Montmartre.  
El comisario había despedido á Polito á causa de su  
poca, pero al mismo tiempo había tenido muchas  
veces ocasion de apreciar su inteligencia y su pacien-  
cia.  
Por otra parte, el joven venia á hacer una deposi-  
cion tan clara y tan precisa, que el comisario no dudó  
un momento de la escrupulosa exactitud de sus infor-  
mes.  
En su consecuencia dió las órdenes que requería  
aquel asunto.  
Paulina se quedó en el seno de la portería,  
y no acordó á expresarse sino con sus lágrimas todo el  
placer que embargaba su alma.